

ESCENA X.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA y DOMINGO acuden asustados.
Algunas damas les siguen.

REY. Conducid á la Reina á sus habitaciones ; no se siente bien. (*La Reina vase acompañada de sus damas.—Alba y Domingo se acercan.*)

ALBA. — ¡La Reina bañada en llanto y en sangre!

REY. — ¿Esto sorprende á los demonios que me han traído á este punto ?

ALBA Y DOMINGO. — ¿Nosotros ?

REY. — Que han venido á decirme lo bastante para infundirme la cólera, y no lo bastante para persuadirme.

ALBA. — Hemos dado lo que poseíamos.

REY. — Que el infierno os dé las gracias... Me arrepiento de cuanto hice... No era ciertamente el suyo el lenguaje de una conciencia culpable.

MARQUES.—(*Dentro.*) ¿Está visible el Rey ?

ESCENA XI.

Dichos.—El MARQUES DE POSA.

REY.—(*Vivamente conmovido, á su voz da algunos pasos hácia el Marques.*) ¡Ah!... es él! Bien venido, Marques... Ahora, Duque, no necesito de vos. Dejadnos. (*Alba y Domingo se miran con muda sorpresa y salen.*)

ESCENA XII.

El REY.—El MARQUES DE POSA.

MARQUES.— Señor, duro ha de ser para un viejo guerrero que ha expuesto por vos su vida en veinte batallas, verse despedido de ese modo...

REY. — A vos os toca pensar así, y á mi obrar como he obrado; lo que habeis sido para mí en algunas horas no lo fué él en toda su vida, y no quiero disimular el afecto que os tengo. El sello de mi real favor debe brillar de lejos en vuestra frente; quiero que envidien al hombre que elegí por amigo.

MARQUES. — ¿Aun cuando su oscura procedencia sea el único título que le ha granjeado este nombre?

REY. — ¿Qué me traeis?

MARQUES. — Al cruzar por el salón he oído un terrible rumor que me ha parecido increíble... Un vivo al-tercado... ¡Sangre!... la Reina!...

REY. — ¿Veniais de allí?

MARQUES. — Sentiré, en verdad, que este rumor sea cierto, que V. M. haya creído conveniente dejarse arrastrar... porque acabo de hacer importantes descubrimientos que mudan la situación de las cosas.

REY. — Veamos.

MARQUES. — He hallado ocasión de apoderarme de la cartera del Príncipe, con algunos papeles que yo creo podrían dar alguna luz... (*Entrega al Rey la cartera de Carlos.*)

REY. — (*Recorriéndola con curiosidad.*) Un escrito del Emperador mi padre. (*Lo lee, lo deja á un lado, y toma otros.*) El plano de una fortaleza... pensamientos extraídos de Tácito... y qué más? (*Lee atentamente, ya en voz alta, ya en voz baja.*) «Esta llave... el gabinete del pabellón de la Reina...» ¿Qué es esto? «... allí, el amor será libre... deseos satisfechos... dulce recompensa...» ¡Satánica traición! Ahora la conozco, es ella; su letra...

MARQUES. — ¿La letra de la Reina? Imposible...

REY. — De la Princesa de Éboli...

MARQUES. — Entonces es cierto lo que me ha confesado el paje Henares, que llevó la carta y la llave.

REY. — (*Tomando la mano al Marques, víctima de vio-*

lenta agitacion.) Conozco, Marques, que me hallo en terribles manos. Esta mujer... quiero confesaroslo... esta mujer ha forzado la arquilla de la Reina, y ha sido la primera en advertirme... ¿Quién podría decir lo que sabe su confesor sobre esto? He sido engañado infamemente!

MARQUES. — En este caso sería aún un accidente feliz el...

REY. — Marques, Marques, empiezo á temer que me he portado con la Reina con excesiva ligereza.

MARQUES. — Si la Reina y el Príncipe han mantenido secretas relaciones, serán sin duda de otro género del que se les imputa. Tengo por cierto que fué la Reina quien concibió el pensamiento de que el Príncipe partiera para Flandes.

REY. — Así lo he creído siempre.

MARQUES. — La Reina es ambiciosa... diré más todavía... con pena ha visto frustrarse sus orgullosas esperanzas, y su alejamiento de toda participación en el poder; en semejante estado, la juventud ardiente del Príncipe se ha ofrecido á sus ojos como instrumento de sus vastos proyectos... Su corazón... dudo que pueda amar...

REY. — Nada me dan que temer los hábiles proyectos de su política.

MARQUES. — ¿Es amada? ¿Hemos de temer algo por parte del Príncipe?... Hé aquí lo que me parece digno de examen... y creo que sería necesario vigilarle rigurosamente.

REY. — Me respondeis de él...

MARQUES. — (*Después de un momento de reflexión.*) Si V. M. me juzga capaz de cumplir esta misión, debo suplicarle que le deje enteramente y sin restricciones á mi cargo.

REY. — Consiento en ello.

MARQUES. — O al menos que ningún auxiliar, sea

cual fuere su título, no se entrometa en las medidas que yo juzgue necesarias.

REY.—Ninguno; os lo prometo. Sois mi ángel bueno... ¡Cuánta gratitud os debo por lo que acabais de comunicarme! (*A Lerma que acaba de entrar.*) ¿Cómo habeis dejado á la Reina?

LERMA.—Fatigada todavía de su desmayo... (*Mira con desconfianza al Marques y vase.*)

MARQUES.—(*Después de una pausa.*) Me parece necesaria una precaucion. Temo que el Principe sea advertido... Como cuenta con tantos amigos adictos, y tal vez con alguna relacion con los rebeldes de Gante... el temor podría llevarle á tomar alguna resolucion desesperada, y sería de opinion que buscáramos un medio para prevenir inmediatamente esta catástrofe.

REY.—Teneis mucha razon... Pero cuál?

MARQUES.—Una orden secreta que V. M. me entregase y de la cual me serviria en el momento del peligro. (*El Rey reflexiona.*) Por ahora seria un secreto de Estado, hasta que...

REY.—(*Se dirige á una mesa y escribe una orden de arresto.*) El reino está en juego... la urgencia del peligro disculpa el uso de extraordinarios medios... Tomad, Marques... Es inútil que os recomiende obreis con las consideraciones debidas.

MARQUES.—(*Tomando la orden.*) Señor, sólo en un caso extremo...

REY.—(*Apoyando la mano en su espalda.*) Id, Marques, y devolved la paz á mi corazon, la tranquilidad á mis noches. (*Se van por opuesto lado.*)

ESCENA XIII.

Una galería.

CARLOS llega vivamente agitado.—EI CONDE DE LERMA sale á su encuentro.

CARLOS.—Os buscaba.

LERMA.—Tambien yo á vos.

CARLOS.—¿Es verdad, Dios mio, es verdad?...?

LERMA.—¿Qué?

CARLOS.—¿Que la amenazó con un puñal y se la llevaron bañada en sangre á sus habitaciones?... ¿Debo creerlo?... ¿Es verdad?...?

LERMA.—No; se ha desmayado, y se lastimó al caer; nada más.

CARLOS.—¿No hay ningun peligro?... Por vuestro honor, Conde...

LERMA.—Ninguno corre la Reina, pero sí vos.

CARLOS.—No corre ninguno mi madre; entonces demos gracias al cielo. Habia llegado á mi noticia un espantoso rumor; decian que el Rey se habia enfurecido contra la madre y la niña, de resultas de la revelacion de un secreto.

LERMA.—Tal vez esto sea verdad.

CARLOS.—¿Verdad?... ¿Cómo?...?

LERMA.—Príncipe, hoy mismo os he dado un consejo que habeis menospreciado; aprovechad mejor el segundo.

CARLOS.—¿Cómo?

LERMA.—Si no me engaño, Príncipe, he visto hace algunos dias en vuestras manos una cartera azul celeste, bordada de oro.

CARLOS.—(*Desconcertado.*) Sí; una parecida tenia... ¿y qué?

LERMA.— Me parece que adorna la cubierta un medallón rodeado de perlas...

CARLOS.— Efectivamente.

LERMA.— Cuando hace un rato entré inesperadamente en el gabinete del Rey, he creído ver esta cartera en sus manos, y el Marques de Posa estaba junto á él...

CARLOS.— (*Con viveza despues de un instante de silencio y de sorpresa.*) ¡Esto no es verdad!

LERMA.— (*Ofendido.*)... Entonces, soy un impostor.

CARLOS.— (*Mirándole fijamente.*) Lo sois...

LERMA.— ¡Por vida!... os perdono.

CARLOS.— (*Paseándose agitado; se detiene delante de él.*) ¿Qué mal te ha hecho, qué mal te ha hecho nuestra inocente unión, para que emplees en destruirla esta infernal actividad?

LERMA.— Príncipe, respeto vuestro pesar, que os hace injusto.

CARLOS.— ¡Dios mio!... presérvame de la duda.

LERMA.— Recuerdo tambien las propias palabras del Rey: «Cuánta gratitud os debo —decía en el instante en que entré—por las noticias que me habeis comunicado.»

CARLOS.— ¡Basta!... ¡Basta!

LERMA.— El Duque de Alba ha caído en desgracia; el gran sello tomado al príncipe Ruy Gomez y confiado al Marques...

CARLOS.— (*Absorto en sus reflexiones.*) ¡Y no me ha dicho nada!... ¡Por qué no me ha dicho nada!

LERMA.— La corte le mira con sorpresa como un ministro omnipotente, como un favorito absoluto.

CARLOS.— Y me amaba... me amaba como á sí propio; lo sé... hartas pruebas me ha dado de ello... ¿Pero acaso la patria y millones de hombres no han de serle más caros que un solo individuo? Su alma era demasiado vasta para un solo amigo, y la dicha de Carlos

harto insignificante para su amor! ¿Me ha sacrificado á su virtud, y le culparé por eso? Sí; es cierto; ahora es cierto; le he perdido... (*Vuelve y oculta el rostro.*)

LERMA.— (*Despues de un momento de silencio.*) Mi buen Príncipe, ¿qué puedo hacer por vos?

CARLOS.— (*Sin mirarle.*) ¡Entregarse al Rey y hacerme traicion!

LERMA.— ¿Y aguardareis lo que vendrá?

CARLOS.— (*Se apoya en la balaustrada, y mira fijamente á lo lejos.*) ¡Le he perdido!... me ha abandonado por completo.

LERMA.— (*Se acerca á él con emocion é interes.*) ¿No quereis cuidar de vuestra salvacion?

CARLOS.— ¡Mi salvacion... excelente amigo!

LERMA.— Fuera de esto, ¿no hay alguien por quien debéis temblar más que por vos?

CARLOS.— Por Dios, ¿qué me recordais? Mi madre; la carta que él ha recibido de mis manos, que no queria dejarle, y que le dejé. (*Se pasea sin direccion y retorciendo los brazos.*) Ella no ha merecido esto, y debia evitárselo. ¿Verdad, Lerma, que debia hacerlo? (*Con súbita resolucion.*) Voy al encuentro de la Reina, porque es necesario que la advierta, que la prepare... Lerma, querido Lerma, ¿á quién enviaria? ¡No tengo á nadie!... ¡oh! sí... un amigo... Despues de éste, ya no me quedará nada que perder.

LERMA.— (*Le sigue; llamándole.*) ¡Príncipe!... ¿á dónde vais? (*Vase.*)

ESCENA XIV.

La REINA.—ALBA.—DOMINGO.

ALBA.— Si nos permitis, gran Reina...

REINA.— ¿Qué puedo hacer en vuestro favor?

DOMINGO.— El sincero celo que nos inspira la augusta persona de Vuestra Real Majestad, nos impide guar-

dar silencio sobre un suceso que amenaza la seguridad de la Reina.

ALBA. — Nos apresuramos á paralizar con oportuno aviso la trama organizada contra vos...

DOMINGO. — Y ofrecer á V. M. nuestro servicio y nuestro celo.

REINA. — (*Mirándoles con sorpresa.*) Reverendo Padre, noble Duque, me sorprendéis ciertamente. No esperaba semejante adhesión de Domingo y el Duque, pero sé cómo debo apreciarla. Me habláis de una trama que me amenaza: ¿puedo saber quién...

ALBA. — Os rogamos que desconfíeis del Marques de Posa encargado de los asuntos secretos del Rey.

REINA. — Sé con placer la feliz elección del Rey, pues hace mucho tiempo que me hablan del Marques de Posa como de un hombre excelente y de talento distinguido. Jamás el favor real se halló en mejores manos.

DOMINGO. — ¿En mejores manos?... Nosotros estamos mejor informados.

ALBA. — Sabemos, hace algun tiempo, el empleo de este hombre.

REINA. — ¡Cómo! ¿Cuál sería pues?... Despertáis mi curiosidad...

DOMINGO. — ¿Hace mucho tiempo que V. M. no ha registrado su arquilla?

REINA. — ¡Cómo!

DOMINGO. — ¿Y no ha perdido algo precioso?

REINA. — ¡Qué!... Toda la corte sabe que he perdido... ¿pero el Marques de Posa qué tiene que ver con esto?...

ALBA. — Mucho, señora, porque faltan también al Príncipe importantes papeles que hay quien ha visto esta mañana en manos del Rey, cuando el caballero celebraba con él una audiencia secreta.

REINA. — (*Después de reflexionar.*) Esto es singular...

¡ por el cielo!... extraordinario. Hallo en él un enemigo inesperado, y por compensación dos amigos que no recuerdo lo hayan sido nunca... (*Fijando en ellos una mirada penetrante.*) Porque en verdad, debo confesar que estaba dispuesta á perdonaros vuestra mala obra cerca del Rey.

ALBA. — ¿A nosotros?

REINA. — A vosotros.

DOMINGO. }

ALBA. . . } ¿A nosotros?

REINA. — (*Fijando en ellos su mirada.*) ¡Cuánto me alegro de hallarme á salvo de mi precipitación! pues sin lo que me decis, había resuelto rogar hoy mismo al Rey, que hiciera comparecer á mi presencia á mis acusadores. Ahora las cosas se hallan en mejor estado; puedo invocar el testimonio del Duque de Alba.

ALBA. — ¿Mi testimonio?... ¿Hablaís seriamente?

REINA. — ¿Por qué no?

DOMINGO. — Así imposibilitareis los buenos oficios que podríamos prestaros en secreto...

REINA. — ¿En secreto? (*Con altivez.*) Deseo saber, Duque de Alba, qué ha de confiaros á vos, ó á vos, Padre, la esposa de vuestro Rey, que su esposo deba ignorar... ¿soy inocente ó culpable?

DOMINGO. — ¡Qué pregunta!

ALBA. — ¿Pero si el Rey no fuese justo?... ¿Si al menos, en este momento, no lo fuese?

REINA. — En este caso, aguardaré que lo sea. ¡Feliz aquel que para entonces sólo espera ganar! (*Les saluda y se retira. Los dos cortesanos se van por otra puerta.*)

ESCENA XV.

Habitaciones de la Princesa de Éboli.

La PRINCESA.—Luego CÁRLOS.

PRINCESA.—¿Será verdad esta rara noticia que ocupa ya toda la corte?

CÁRLOS.—(*Entra.*) No os asustéis, Princesa; voy á ser tierno como un niño.

PRINCESA.—Príncipe... esta sorpresa...

CÁRLOS.—¿Estais ofendida todavía?

PRINCESA.—Príncipe...

CÁRLOS.—(*Con voz apremiante.*) ¿Estais ofendida todavía? os ruego que me lo digáis.

PRINCESA.—¿Qué es esto? Parece que olvidais, Príncipe... ¿Qué buscáis junto á mi?

CÁRLOS.—(*Tomándole la mano con viveza.*) Puedes por ventura odiar eternamente, doncella... ¿El amor ofendido no perdona jamas?

PRINCESA.—(*Intentando desasirse.*) ¿Qué me recordais, Príncipe?

CÁRLOS.—Tu bondad y mi ingratitud. ¡Ay de mí! Sé bien que te he ofendido cruelmente, que he desgarrado tu tierno corazón, que arranqué lágrimas á tus ojos de ángel... ¡Ah! no vengo todavía á expresarte mi arrepentimiento.

PRINCESA.—Príncipe, dejadme... yo...

CÁRLOS.—Vengo porque eres una amable doncella y tengo fe en la bondad y belleza de tu alma. Ves, ves, no tengo otro amigo en el mundo que tú, tú sola. Fuiste una vez tan bondadosa para conmigo que no puedo suponer permanezcas inflexible, ni que me odies eternamente.

PRINCESA.—(*Vuelve el rostro.*) ¡Basta!... Ni una palabra más, en nombre del cielo, Príncipe.

CÁRLOS.—Déjame recordar aquellos dias felices, déjame recordar tu amor, tu amor, doncella, del que me mostré indigno. Déjame ahora, que haga valer lo que era para tí, lo que los sueños de tu corazón me prestaban. Por última vez, por última vez, mirame como si fuera el de entonces, y sacrifica á esta imágen lo que nunca podrás sacrificar á mi propio.

PRINCESA.—¡Oh, Carlos! cuán cruelmente jugais conmigo!

CÁRLOS.—Sé superior á tu sexo; haz lo que ninguna mujer ha hecho antes que tú, ni hará despues de tí. ¿Te pido algo inaudito? haz que pueda hablar á mi madre; te lo pido de hinojos. (*Se arrodilla delante de ella.*)

ESCENA XVI.

Dichos.—El MARQUES DE POSA que entra precipitadamente, seguido de dos oficiales de la Guardia Real.

MARQUES.—(*Fuera de sí, se precipita entre los dos.*) ¿Qué ha confesado? No le creais...

CÁRLOS.—(*De rodillas todavía y levantando la voz.*) Por lo más sagrado...

MARQUES.—(*Interrumpiéndole con violencia.*) Delira... no escuchéis á este insensato...

CÁRLOS.—(*Con voz más apremiante.*) Va en ello la vida. Llevadme á su presencia.

MARQUES.—(*Aparte á la Princesa con energia.*) Sois muerta, si le escuchais. (*A uno de los oficiales.*) Conde de Córdoba, en nombre del Rey (*le enseña la orden*) el Príncipe es vuestro prisionero. (*Carlos queda inmóvil, como herido del rayo. La Princesa lanza un grito de terror, y pretende huir. Los oficiales mudos de sorpresa. Larga pausa. El Marques, trémulo, se esfuerza en serenarse: al Príncipe.*) Os ruego que me entregéis vuestra espada. Princesa, aguardad. (*Al oficial.*) Me respon-

deis con vuestra cabeza de que el Príncipe no hablará con nadie, con nadie absolutamente, ni aun con vos. (*Dice algunas palabras al oído del oficial; luego volviéndose.*) Voy inmediatamente á dar al Rey cuenta de lo ocurrido. (*A Carlos.*) Y á vos tambien; aguardadme. Príncipe, dentro de una hora.

(Carlos se deja conducir sin manifestar sentimiento alguno; pero al pasar junto al Marques le dirige una mirada moribunda, y éste oculta el rostro. La Princesa intenta huir, y el Marques la detiene por un brazo.)

ESCENA XVII.

La PRINCESA. — El MARQUES DE POSA.

PRINCESA. — ¡En nombre del cielo, Marques, dejadme salir de aquí!

MARQUES. — (*Severo y terrible.*) ¿Qué te ha dicho, desdichada?

PRINCESA. — Nada, dejadme; nada...

MARQUES. — (*Deteniéndola con fuerza.*) ¿Qué has sabido?... No tienes por donde escapar, y no lo contarás á nadie en el mundo...

PRINCESA. — (*Mirándole con espanto.*) ¡Dios mio!... ¿Qué intentais? ¿Quereis matarme?

MARQUES. — (*Sacando un puñal.*) En efecto, tentaciones me dan... Despacha.

PRINCESA. — ¡Yo! yo! ¡Misericordia divina! ¿Qué he hecho yo?

MARQUES. — (*Alzando los ojos al cielo, y poniendo la punta del puñal en el pecho de la Princesa.*) Es tiempo todavía; el veneno no ha salido de sus labios... Rompo el vaso y todo sigue en el mismo estado... Entre la suerte de España y la vida de una mujer... (*Permanece en esta actitud, y parece vacilar.*)

PRINCESA. — (*Cayendo á sus piés, y mirándole fijamen-*

te.) Sea; ¿qué aguardais? no pido consideracion alguna... No; he merecido la muerte, y quiero morir.

MARQUES. — (*Deja caer lentamente su brazo, despues de un instante de reflexion.*) ¡Oh!... seria vil y bárbaro... No, no; gracias al cielo, queda otro medio todavía. (*Deja caer el puñal y se va rápidamente. La Princesa sale por otra puerta.*)

ESCENA XVIII.

Una habitacion de la Reina.

REINA. — (*Á la Condesa de Fuentes.*) ¡Qué tumulto en Palacio!... Cada rumor, Condesa, me sobresalta hoy; id á ver qué sucede, y volved á decírmelo. (*La Condesa de Fuentes sale, y la Princesa de Éboli entra precipitadamente.*)

ESCENA XIX.

La REINA. — La PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINCESA. — (*Sin aliento, pálida y desencajada, cae de hinojos á los piés de la Reina.*) Señora... socorro... está preso...

REINA. — ¿Quién?

PRINCESA. — El Marques de Posa le ha detenido por orden del Rey.

REINA. — ¿Pero quién, quién?

PRINCESA. — El Príncipe.

REINA. — ¿Estás loca?

PRINCESA. — Se lo llevan al instante.

REINA. — ¿Y quién le prendió?

PRINCESA. — El Marques de Posa.

REINA. — ¡Oh!... entonces, demos gracias á Dios, si el Marques lo ha detenido.

PRINCESA.—Lo decis con tanta calma y frialdad... ¡Oh! Dios... ¿no presentís, no sabeis?...

REINA.—¿Por qué le han preso?... Sin duda por una locura propia de la violencia de su carácter...

PRINCESA.—No, no; estoy mejor informada yo; no, señora... Una accion infame, diabólica... No hay salvacion para él; morirá.

REINA.—¿Morirá?

PRINCESA.—Y yo le habré asesinado.

REINA.—¡Morirá! Insensata!... ¿lo crees?

PRINCESA.—¡Y por qué, por qué morirá! ¡Ah! si hubiese previsto que las cosas habian de llegar á este extremo...

REINA.—(*Tomándole la mano con bondad.*) Princesa, no estais en vos; serenaos, y contadme con más calma lo que sabeis, y no presentéis á mi imaginacion estas tristes imágenes... ¿Qué ha pasado?

PRINCESA.—Sí, señora; no useis conmigo esta bondad y sublime confianza, porque atormentan mi conciencia como una llama del infierno. No soy digna de alzar hasta vuestra gloria mi indigna mirada. Aplastad á la miserable que se arrastra á vuestros piés, oprimida por el arrepentimiento, la vergüenza, el desprecio de sí misma.

REINA.—¡Desdichada! ¡desdichada!... ¿Qué teneis que decirme?

PRINCESA.—Ángel de luz, santa mujer, ignorais, no sospechais siquiera á qué demonio habeis sonreido con bondad... Aprended hoy á conocerla... Yo soy... yo... quien os ha robado...

REINA.—¿Vos?

PRINCESA.—Y quien ha entregado estas cartas al Rey.

REINA.—¿Vos?

PRINCESA.—Y quien ha tenido la audacia de acusaros.

REINA.—Vos, vos habeis podido...

PRINCESA.—La venganza... el amor... la rabia... Os odiaba y amaba al Príncipe...

REINA.—¿Y por qué le amabais?...

PRINCESA.—Se lo habia confesado, y no me habia correspondido...

REINA.—(*Pausa.*) ¡Oh! ahora me lo explico todo... Alzad... le amabais... os he perdonado... todo está olvidado... Alzad. (*Le tiende la mano.*)

PRINCESA.—No, faltame todavía una confesion terrible. No, gran Reina, antes que...

REINA.—(*Atenta.*) ¿Qué debo oír todavía? Hablad...

PRINCESA.—El Rey... una seducción... ¡Oh! volveis los ojos... Leo sobre vuestro rostro mi condenacion... El crimen de que os acusaba, yo lo he cometido...

(Oprime contra el suelo su rostro inflamado. La Reina se va.— Profundo silencio.— La Duquesa de Olivares sale unos minutos despues del gabinete en donde ha entrado la Reina, y encuentra á la Princesa en la misma situacion. Se acerca á ella en silencio. Al ruido de sus pasos, la Princesa se levanta, como en delirio, viéndose abandonada de la Reina.)

ESCENA XX.

La PRINCESA DE ÉBOLI.—La DUQUESA DE OLIVARES.

PRINCESA.—¡Dios mio!... ¡Me ha abandonado! ¡Esto es hecho!

OLIVARES.—(*Acercándose á ella.*) Princesa de Éboli...

PRINCESA.—Sé, Duquesa, por qué venis. La Reina os envia para anunciarme mi sentencia... decid pronto...

OLIVARES.—Su Majestad me ordena recobrar de vos vuestra cruz y vuestra llave...

PRINCESA.—(*Saca de su seno una cruz de oro y la entrega á la Duquesa.*) ¿Me será permitido besar por ultima vez la mano á la mejor de las reinas?

OLIVARES.—En el convento de Santa María os dirán qué se habrá decidido con respecto á vos.

PRINCESA.—(*Rompiendo á llorar.*) ¡No volveré á ver á la Reina!

OLIVARES.—(*La abraza, volviendo el rostro.*) ¡Sed feliz!



(Vase precipitadamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra detras de la Duquesa. Permanece algunos minutos muda é inmóvil y de rodillas delante de esta puerta; despues se levanta y se va, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

La REINA.—EI MARQUES DE POSA.

REINA.—Héos aquí, por fin, Marques; gracias á Dios...

MARQUES.—(*Pálido, desencajado y con voz trémula se adelanta y hace una profunda reverencia.*) ¿V. M. se halla sola? ¿Nadie puede oírnos desde la habitacion contigua?

REINA.—¡Nadie!... ¿Por qué?... ¿Qué me traéis? (*Le*

mira con más atencion y retrocede con espanto.) ¡Qué demudado! ¿A qué se debe? Me haceis temblar, Marques; vuestras facciones descompuestas llevan el sello de la muerte...

MARQUES.—Probablemente ya sabeis...

REINA.—Que Carlos ha sido preso, y precisamente por vos... añaden... ¿Es verdad?... No quise fiarme, sobre esta noticia, de nadie más que de vos...

MARQUES.—Verdad.

REINA.—¿Por vos?

MARQUES.—Por mí.

REINA.—(*Mirándole, dudosa.*) Respeto vuestra conducta aunque no la comprendo; pero perdonad esta vez la inquietud de una mujer: temo que arriesgais mucho en este terrible juego.

MARQUES.—¡Y he perdido!

REINA.—¡Santo cielo!

MARQUES.—Tranquilizaos, señora, porque están tomadas todas las medidas para su salvacion; sólo yo estoy perdido...

REINA.—¡Qué oigo, Dios mio!

MARQUES.—¿Quién me mandaba fiarlo todo á un solo dado y jugar temerariamente sin contar con el cielo?... ¿Quién tomaria á su cargo empuñar el pesado gobernalle del destino, sin saberlo todo? ¡Oh!... ¡es justo! Mas ¿por qué hablar de mí ahora? El momento es precioso, precioso como la vida de un hombre... ¡Quién sabe si la mano avara del Juez supremo me cuenta ahora las últimas gotas de la existencia!...

REINA.—¡La mano del Juez! ¡Qué tono tan solemne! No comprendo qué significan estas palabras, pero me espantan...

MARQUES.—Está salvado, y no importa á qué precio, pero sólo por hoy; dispone de breves momentos y debe saber ahorrarlos... Es necesario que salga de Madrid esta misma noche.

REINA. — ¿Esta misma noche ?

MARQUES. — Están hechos los preparativos, y hallará los caballos de posta á la puerta del convento que servía de refugio á nuestra amistad, de algun tiempo á esta parte. Aquí os entrego en letras de cambio todo lo que debia á la fortuna en este mundo; añadid lo que falte. Muchas cosas guarda mi corazon todavia para mi Carlos, que mi Carlos no debiera ignorar, pero tal vez me falte tiempo para hablar de ellas con él, y como vos le hablareis esta noche, me dirijo á vos.

REINA. — En nombre de mi esposo, explicaos más claramente, Marques... No me hableis por medio de terribles enigmas... ¿Qué ha pasado ?

MARQUES. — Tengo que hacer una importante declaracion, y la depongo en vuestras manos. He gozado de una dicha, á pocos concedida; la de amar al hijo de un rey; mi corazon, dedicado á uno solo, abarcaba en él el mundo entero, y en el alma de mi Carlos me fingia un paraíso para millones de seres... ¡ Oh! ¡cuán bellos eran mis sueños!... Pero ha querido la Providencia interrumpir mi empresa antes de tiempo, y bien pronto le faltará á su Rodrigo; el amigo cede el puesto á la amante. Aquí, sobre este sagrado altar, sobre el corazon de su Reina, depongo mi último y precioso legado; y aquí lo encontrará cuando yo no exista. (*Vuelve el rostro, las lágrimas sofocan su voz.*)

REINA. — ¡ Este es el lenguaje de un moribundo!... Espero que sólo el delirio... ¿Qué sentido oculto encierran vuestras palabras ?

MARQUES. — (*Intenta serenarse y continúa con más firme acento.*) Decid al Príncipe que recuerdo el juramento que hicimos al partir la hostia en nuestros días de entusiasmo. Por mi parte lo he cumplido, y le he sido fiel hasta la muerte, y ahora toca á él cumplir el suyo.

REINA. — ¿ Hasta la muerte ?

MARQUES. — Decidle que lo cumpla. El sueño que forjamos, el sueño audaz de un nuevo estado, la divina concepcion de la amistad puede realizarse todavia, y él debe dar el primer golpe de escoplo á esta ruda piedra; poco importa que lleve á cabo la empresa ó que sucumba sin conseguirla; no por eso deje de trabajar en ella. Quizá dentro algunos siglos la Providencia colocará sobre un trono otro Príncipe como él, é infundirá mi propio entusiasmo á su nuevo favorito. Decidle que cuando llegue á hombre, respete los sueños de su juventud, y no permita posarse sobre su corazon, tierna y divina flor, el gusano mortal de la razon tan elogiada... que no se deje engañar cuando la sabiduria de la tierra maldiga el entusiasmo, este hijo del cielo; otra vez se lo dije.

REINA. — Pero, Marques... ¿ á qué conduce ?..

MARQUES. — Decidle que deposito en su alma la felicidad de los hombres... que, próximo á morir, exijo de él... le exijo... tengo derecho á ello... De mí dependia traer la luz de una nueva aurora sobre sus reinos; el Rey me entregaba su corazon; me llamaba su hijo. Soy el guarda-sellos, y el Duque de Alba ya no es nada... (*Se detiene contemplando á la Reina. Pausa.*) ¡ Llorais!... ¡ Oh! alma noble! ¡ vuestras lágrimas son de júbilo! Pero está ya decidido: Carlos ó yo. La eleccion fué pronta y terrible. Uno de ambos debia ser sacrificado, y he querido serlo yo; yo... antes que él... No pretendais saber más.

REINA. — Por fin empiezo á comprenderos; ¡ desgraciado!... ¿ qué habeis hecho ?

MARQUES. — He perdido un par de horas de la tarde, para ganar un hermoso día de verano; abandono al Rey, porque ¿ qué puedo ser para él?... No brota una sola flor para mí en este árido suelo. El destino de Europa se prepara en el pensamiento de mi noble amigo á quien lego la España... Entre tanto sufra hasta ver-

ter sangre bajo el yugo de Felipe... Pero ¡ay de él y ay de mí! si debiese arrepentirme de mi accion, y hubiese abrazado el peor partido... ¡No! no! Conozco a mi Carlos... y esto no sucederá jamas; vos respondeis de ello, señora. (*Despues de un momento de silencio.*) A mi vista germinó su amor por vos, y se arraigó en su alma la más desdichada pasion que existió jamas; entonces podia combatirla y no lo hice, antes la fomenté porque no la creia funesta, diga lo que quiera el mundo. No me arrepiento de ello, ni me remuerde por ello la conciencia, pues vi la vida donde todos veian la muerte, y en aquella llama sin esperanza, brillar en buen hora su dorado rayo. Quería conducirle á la perfeccion, elevarle á cuanto es bello y grandioso, y la humanidad me rehusaba una imágen, y mis labios acentos de elocuencia... entonces le hablaba de vos, y mi mayor deseo consistia en darle á comprender su amor.

REINA.— Marques, vuestro amigo os preocupaba de tal modo que por él os olvidabais de mí... ¿Acaso me creeis exenta en absoluto de las flaquezas de la mujer, cuando intentais convertirme en ángel, y darle por escudo la virtud? ¿No habiais reflexionado bastante á qué riesgos se expone nuestro corazon, si ennoblece la pasion con tales nombres?

MARQUES.— A este riesgo se exponen, es cierto, todas las mujeres, excepto una sola, una sola; lo juro. ¿Podria avergonzaros el noble deseo de animar á la virtud heroica? ¿Qué importa al rey Felipe que la pintura de la Transfiguracion de su Escorial inflame el deseo de la inmortalidad en el ánimo del pintor que la contempla? La suave armonía que duerme en las cuerdas de la lira ¿pertenece acaso á su comprador, á su propietario, sordo tal vez? No; compró el derecho de romperla en pedazos, pero no el arte de arrancarle melodiosos sonidos, extasiándose con la música. La verdad guia

al sabio; la belleza impera sobre los corazones sensibles y se pertenecen mutuamente. Ninguna preocupacion vil podria arrancarme esta creencia. Así, prometmedme que le amareis siempre y no caereis en humillante abnegacion por temor del qué dirán y por falso heroismo... Prometedme amarle siempre y con verdadera constancia, señora; prometedlo en mi presencia...

REINA.— Os prometo que mi corazon será siempre, para siempre, el único juez de mi amor...

MARQUES.— (*Retira su mano.*) Ahora, muero tranquilo... he concluido mi tarea. (*Saluda á la Reina y va á salir.*)

REINA.— (*Le sigue con la mirada.*) Os vais, Marques, sin decirme si volveremos á vernos pronto.

MARQUES.— (*Vuelve sin mirarla.*) Ciertamente, volveremos á vernos...

REINA.— Os he comprendido, Marques, os he comprendido perfectamente. ¿Por qué habeis obrado así conmigo?

MARQUES.— Él ó yo.

REINA.— No, no; os habeis arrojado á esta accion, que llamais una grande accion, no lo negueis; mucho tiempo há que alimentabais este deseo... Poco os importa que se partan de dolor millares de corazones, con tal que vuestro orgullo quede satisfecho. ¡Oh!... ahora... ahora empiezo á conoceros; sólo habeis obrado así para ser admirado...

MARQUES.— (*Sorprendido. Aparte.*) ¡Esto no lo esperaba!...

REINA.— (*Pausa.*) Marques, ¿no hay salvacion posible?

MARQUES.— Ninguna.

REINA.— ¿Ninguna?... Pensadlo bien; ¿ni aún para mí?

MARQUES.— Ni aún para vos.

REINA. — No me conoceis bien todavía ; tengo valor.

MARQUES. — Lo sé.

REINA. — ¿ No hay salvacion ?

MARQUES. — Ninguna.

REINA. — (*Se aparta ocultando el rostro.*) Salid ; no estimo ya á hombre alguno.

MARQUES. — (*Victima de violenta agitacion se arroja á sus piés.*) Reina... ¡ oh ! Dios... ¡ la vida es, sin embargo, grata !... (*Se levanta y vase precipitadamente. La Reina entra en su gabinete.*)

ESCENA XXII.

Un salon en las habitaciones del Rey.

EL DUQUE DE ALBA y DOMINGO se pasean en silencio. — El CONDE DE LERMA sale del gabinete. Entra luego D. RAMON DE TAXIS.

LERMA. — ¿ No habeis visto todavía al Marques ?

ALBA. — Todavía no. (*Lerma va á salir.*)

TAXIS. — (*Adelantándose.*) Conde de Lerma, anunciadme...

LERMA. — El Rey no está visible...

TAXIS. — Decidle que conviene que le hable de un asunto muy importante para S. M.; despachad porque urge. (*Lerma entra en el gabinete.*)

ALBA. — Querido Taxis, ejercitad vuestra paciencia. No hablareis al Rey.

TAXIS. — ¿ Y por qué ?

ALBA. — Debierais haber tomado la precaucion de pedir permiso al caballero de Posa, quien retiene en su poder al padre y al hijo.

TAXIS. — ¿ Al de Posa ?... ¡ Cómo !... Pues si precisamente de él he recibido esta carta.

ALBA. — ¡ Una carta !... ¿ Qué carta ?...

TAXIS. — Una carta que debo enviar á Bruselas.

ALBA. — (*Atento.*) ¿ A Bruselas ?

TAXIS. — Y la traigo al Rey.

ALBA. — ¿ A Bruselas ? Habeis oido, capellan ?... ¿ A Bruselas ?

DOMINGO. — Esto es muy sospechoso...

TAXIS. — ¡ Con qué ansiedad, con qué turbacion me la ha recomendado !

DOMINGO. — ¡ Con ansiedad !... ¡ Ah !

ALBA. — ¿ A quién va dirigida ?

TAXIS. — Al Príncipe de Nassau y de Orange.

LERMA. — ¿ A Guillermo ?... Esto es una traicion, capellan.

DOMINGO. — ¿ Y puede ser otra cosa ? Sí ; realmente hay que entregar al instante esta carta al Rey. Accion meritoria la vuestra, la de cumplir tan estrictamente vuestras funciones.

TAXIS. — Reverendo padre, sólo he cumplido con mi deber.

ALBA. — Bien hecho.

LERMA. (*Saliendo del gabinete ; á Taxis.*) El Rey quiere hablaros. (*Taxis sale.*) ¿ El Marques no ha venido todavía ?

DOMINGO. — Le están buscando por todas partes.

ALBA. — Cosa sorprendente y singular. El Príncipe es prisionero de Estado, y el Rey no sabe todavía por qué motivo.

DOMINGO. — El Marques no ha venido todavía á dar cuenta del suceso.

ALBA. — ¿ Cómo ha recibido el Rey la noticia ?

LERMA. — El Rey no ha dicho una palabra. (*Rumor dentro.*)

ALBA. — ¿ Qué pasa ? (*Silencio.*)

TAXIS. — (*Saliendo del gabinete*) ¡ Conde de Lerma ! (*Los dos se van.*)

ALBA. — (*Á Domingo.*) ¡ Qué va á pasar aquí !

DOMINGO. — Este acento de terror... esta carta interceptada... Duque, no espero nada bueno.

ALBA. — Hace llamar á Lerma; sin duda no ignora que ambos nos hallamos en el salón.

DOMINGO. — Ha pasado nuestra época.

ALBA. — Ya no soy, pues, el hombre, ante el cual se abrían todas las puertas. ¡ Cuánto ha cambiado todo! ¡ Todo me es extraño aquí!

DOMINGO. — (*Se acerca lentamente á la puerta del gabinete y aplica el oído.*) ¡ Oigamos!

ALBA. — (*Pausa.*) Reina profundo silencio; se oye su respiracion.

DOMINGO. — Las colgaduras apagan el sonido.

ALBA. — Retirémonos; alguien viene.

ESCENA XXIII.

Dichos. — EL PRÍNCIPE DE PARMA. — Los DUQUES de FÉRIA y MEDINASIDONIA. — Algunos Grandes.

PARMA. — ¿ Podremos hablar al Rey?

ALBA. — No.

PARMA. — ¿ No? ¿ quién está con él?

FÉRIA. — El Marques de Posa, sin duda.

ALBA. — En este instante le aguardan.

PARMA. — Acabamos de llegar de Zaragoza, y hallamos la consternacion en Madrid... ¿ Será verdad?

DOMINGO. — Si, por desgracia.

FÉRIA. — ¿ Es verdad? ¿ Fué detenido por aquel caballero de Malta?

ALBA. — Así fué.

PARMA. — ¿ Y por qué?... Qué ha ocurrido?

ALBA. — ¿ Por qué? Nadie lo sabe sino el Rey y el Marques de Posa.

PARMA. — ¿ Sin convocar las Cortes del reino?

FÉRIA. — ¡ Ay del que ha tomado parte en este crimen de Estado!

ALBA. — ¡ Ay de él! repito yo.

MEDINASIDONIA. — Y yo.

LOS DEMAS. — Y todos.

ALBA. — ¿ Quién quiere seguirme al gabinete?... Me arrodillaré á los piés del Rey.

LERMA. — (*Sale precipitadamente.*) ¿ Duque de Alba?

DOMINGO. — ¡ Por fin, alabado sea Dios! (*Alba entra en el gabinete.*)

LERMA. — (*Vivamente agitado.*) Si llega el caballero de Malta, que aguarde á que se le llame, porque el Rey no está solo ahora.

DOMINGO. — (*A Lerma, á quien rodean con viva curiosidad.*) ¿ Conde?... ¿ Qué ocurre?... ¡ estais pálido como un muerto!

LERMA. — (*Intentando irse.*) ¡ Caso diabólico!

PARMA y FÉRIA. — ¿ Qué?... ¿ Qué?

MEDINA. — ¿ Qué hace el Rey?

DOMINGO. — ¡ Diabólico!... ¿ Qué?

LERMA. — El Rey ha llorado.

DOMINGO. — ¡ Ha llorado!

TODOS. — (*Con viva sorpresa.*) ¿ El Rey ha llorado? (*Suena una campanilla en el gabinete. Lerma se va.*)

DOMINGO. — (*Intentando detenerle.*) Conde, una palabra... excusad... Ha salido, y hétenos aquí mudos de terror...

ESCENA XXIV.

La PRINCESA DE ÉBOLI. — FÉRIA. — MEDINASIDONIA. — PARMA. — DOMINGO y los demas Grandes.

PRINCESA. — (*Fuera de si; presurosa.*) ¿ Dónde está el Rey... dónde?... quiero hablarle... (*A Féria.*) Duque, llevadme á su presencia.

FÉRIA. — El Rey está muy ocupado, y nadie puede verle.

PRINCESA. — ¿Está firmando la terrible sentencia?... Está engañado; quiero probarle que está engañado.

DOMINGO. — (*La llama, haciéndole una seña.*) ¿Princesa de Éboli?

PRINCESA. — (*Dirigiéndose á él.*) ¡ Ah! ¿ vos aquí, padre?... Me alegro, porque precisamente os necesito; me apoyareis. (*Coge su mano, y quiere conducirlo al gabinete.*)

DOMINGO. — ¡ A mí! ¿ Estais loca, Princesa?

FÉRIA. — Aguardad; el Rey no está ahora para oiros.

PRINCESA. — Pues es fuerza que me oiga; que oiga la verdad, aunque fuera diez veces dios.

DOMINGO. — Salid; salid; lo arriesgais todo. Aguardad.

PRINCESA. — Tiembla tú, miserable criatura, ante la cólera de tu ídolo; yo, no tengo nada que arriesgar. (*En el mismo instante en que va á entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.*)

ALBA. — (*Radiante de triunfo, corre hácia Domingo y le abraza.*) Mandad que canten un *Tedeum* en todas las iglesias; nuestra es la victoria.

DOMINGO. — ¿ Nuestra?

ALBA. — (*A Domingo y á los demas.*) Entrad ahora á ver al Rey, y os diré lo demas.



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del palacio del Rey, que una verja de hierro separa de un patio donde los centinelas pasean á lo largo.

(CÁRLOS sentado delante de una mesa con la cabeza sobre los brazos como si durmiera. En el fondo algunos oficiales encerrados con él. El MARQUES DE POSA se adelanta sin que Carlos le vea y habla en voz baja con los oficiales que se alejan inmediatamente. Se coloca delante de Carlos y le contempla un rato en silencio y con tristeza. Por fin, hace un gesto que despierta al Príncipe. Carlos se levanta, le ve y parece asustarse; le mira despues fijamente y pasa la mano sobre su frente como si intentara recordar algo.)

MARQUES.

SOY yo, Carlos.

CARLOS. — (*Dándole la mano.*) Vuelves todavía á verme. Bella accion por tu parte.

MARQUES. — He pensado que aqui podrias necesitar un amigo.

CARLOS. — ¿ Verdad, has pensado esto? Mira, me das una alegría... una alegría indecible. Ya sabia bien que seguirias siendo bueno para conmigo.

MARQUES. — Merezco que tengas de mi esta opinion.

CARLOS. — ¿ No es verdad? Veo que nos comprendemos todavia enteramente, y me place; estos miramientos, esta dulzura convienen á dos grandes almas